

QUERÍA VOLAR

Cuando comer era un infierno

ESPIDO FREIRE



Ariel

QUERÍA VOLAR

Cuando comer era un infierno

ESPIDO FREIRE



Ariel

Primera edición: junio de 2014

© 2014, Espido Freire
© 2014 Ilustraciones, Miriam Miras

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.ariel.es

www.espacioculturalyacademico.com

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-344-1851-6

Depósito legal: B. 10.866- 2014
Impreso en Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I. BULIMIA. LA COMIDA ENTRE MENTIRAS	19
Gloria, Espido, Silvia. Todas	20
Así comenzó todo	21
La enfermedad	38
En el infierno	62
La solución	93
Y después	108
¿Qué ha cambiado ahora?	110
II. ANOREXIA: NO SEAS NADA, NO SEAS TÚ	117
Paula. La rabia convertida en palabras y acción	119
P. Conocerse, no conocerse	125
Alba. La lucidez como curación	126
Anna. Aún en el proceso	139
III. BULIMAREXIA, OTRA VUELTA DE TUERCA	143
María. Un paso atrás para coger impulso	145
IV. LA AUTOMUTILACIÓN. QUE DUELA PARA QUE NO DUELA	155
Linda, lejos del filo de la cuchilla	157
V. COMIDA Y DROGAS	173
Laxantes y diuréticos, los falsos amigos	173
Cecilia. Entre el físico y la química	175
VI. LOS HOMBRES NO LLORAN	181
Javier: comer para ver cómo pasaba la vida	192
Kevin, la enfermedad como una tierra extraña	195
Antonio, la proteína y el espejo	208

VII. COMEDORES COMPULSIVOS, ORTOREXIA Y OTROS TRASTORNOS	215
Comer puede convertirse en algo muy difícil	215
Alicia, muy lejos del País de las Maravillas	218
La independencia alimentaria	224
La obsesión por la comida	227
Ortorexia, cuando comer sano es una obsesión	230
Katia, la comida como medicina	232
Susana. Si tengo que elegir entre el niño o yo...	242
VIII. PRO-ANA Y PRO-MIA. LOS REFUGIOS SECRETOS	251
IX. CONCLUSIONES	275
X. MANUAL DE AYUDA	281
Un poco de historia: Santidad y riqueza	281
Análisis de dietas	295
<i>Dieta Dukan</i>	296
<i>Método Montignac</i>	297
<i>Dieta Atkins</i>	298
<i>Dieta de la clínica Mayo</i>	298
<i>Dieta Scarsdale</i>	299
<i>Dieta de la Zona</i>	299
<i>Dieta del grupo sanguíneo</i>	299
<i>Dieta South Beach</i>	300
<i>Dieta de la sonda nasogástrica</i>	301
<i>Dieta de la alcachofa, el mango, el suero de leche, el sirope de arce, la sopa milagrosa, el kiwi...</i>	301
<i>Dieta de las calorías negativas</i>	302
<i>Dieta HCG o de la hormona de embarazo</i>	302
<i>Dieta del potito</i>	302
Modelos para vivir	303
Normas de comportamiento	305
<i>Cómo saber si nuestro ser querido tiene anorexia restrictiva</i>	305
<i>Cómo saber si nuestro ser querido tiene bulimia o anorexia purgativa</i>	306

<i>Cómo saber si un ser querido es un comedor compulsivo</i>	308
<i>Cómo saber si un ser querido padece vigorexia</i>	309
<i>Cómo saber si un ser querido padece ortorexia</i>	310
<i>Cómo prevenir tanto los TCAs como las recaídas</i>	311
<i>Qué hacer cuando descubro que un ser querido padece un TCA</i>	312
<i>Qué no hacer cuando descubro que un ser querido tiene un TCA</i>	312
10 mitos sobre los TCAs que conviene desmentir	314
Ideas que nos pueden ayudar en la recuperación	316
DÓNDE PEDIR AYUDA	319
BIBLIOGRAFÍA	323

I. BULIMIA LA COMIDA ENTRE MENTIRAS

Mi mayor logro ha sido comer cuando sentía apetito, y posar el tenedor cuando ya me encontraba saciada.

Mi mayor orgullo ha sido el servir de ayuda a quien se encontraba enfermo.

Mi mayor satisfacción, el aprender las palabras adecuadas para ello.

Cualquiera puede hacerlo.

Tú puedes hacerlo.

Las palabras rompen barreras y eliminan el miedo.

Lo que nos aterroriza hoy es nuestra conquista de mañana.

E.F.

Si le preguntaran a una enferma de bulimia qué es lo que más odia de su enfermedad, posiblemente respondería que su cuerpo, o su incapacidad para adelgazar. Si se lo preguntaran cuando está recuperada, todo apunta a que diría que las mentiras en las que se vio envuelta, y la sensación de suciedad y oscuridad.

La comida comienza siendo una solución, y se convierte en el principal problema antes de que nadie pueda darse cuenta. Sin embargo, hay que mirar bajo la piel, la grasa y las básculas para llegar al conflicto real: la inseguridad, la falta de autoestima, la necesidad de aprobación y el perfeccionismo, la incapacidad para demostrar auténticas emociones.

Una mezcla muy peligrosa, que puede generar una bulimia, cualquier otro TCA o algunos de los problemas de adicción más comunes. Si quiere verse la enfermedad como síntoma personal, delata una tendencia a un comportamiento que puede acarrear problemas en un futuro si no se corrige. Si se amplía la visión a la familia, nos encontramos con que sirve como detector de problemas internos, que manifiesta el más débil del grupo. Si aún queremos incluir una interpreta-

ción social, podríamos hablar de una sociedad en la que no hay cabida para emociones profundas o duraderas, basada en apariencias, y con una presión excesiva sobre la mujer y los adolescentes.

Es una enfermedad a la que nadie quiere mirar, que nadie pretende ver. Por eso continúa siendo invisible, y por eso, como a los vampiros, hay que sacarla del ataúd y mostrarla a la luz del día.

GLORIA, ESPIDO, SILVIA. TODAS

Este testimonio, el más largo del libro, es el resultado de mis recuerdos, y de las experiencias de otras dos chicas de mi edad, Gloria y Silvia. En su momento creí que mi vivencia de la enfermedad no era completa: no conocía aún bien el trastorno, pero intuía que mi caso, por mucho que se pareciera a otro, no reunía todas las características que podían ayudar a otras personas a identificar la bulimia y salir de ella.

Cuando entrevisté a Gloria y a Silvia me sorprendí de lo similar que había sido nuestra bulimia; ahora no me resulta tan llamativo: teníamos la misma edad, procedíamos de familias parecidas y no habíamos recibido tratamiento. Por lo tanto, a la hora de revisarlo, me pregunté hasta qué punto esta historia serviría de espejo a las enfermas actuales. Ha pasado mucho tiempo, toda una generación: sin embargo, bulimias como las nuestras se siguen dando. Esta enfermedad, vergonzosa, oculta, sigue sin presentar la cara.

Lo consulté con Gloria y con Silvia, y decidieron revisar los detalles que habían incluido, y cambiarlos, si era necesario. Yo me comprometí a hacer lo mismo, y a señalar qué diferencias podría haber entre un trastorno que se iniciara en 1990 y otro en 2014.

Gloria trabajó por un tiempo en un estudio en Londres, luego regresó a España y, con el inicio de la crisis, volvió a Inglaterra. No se ha casado, no tiene hijos, y continúa sana, aunque de vez en cuando regrese a su casa envuelta en llanto por las críticas a su trabajo.

Silvia es profesora, se casó, tiene dos niños a los que malcria concienzudamente, y aunque mostró una leve recaída tras el segundo embarazo, que coincidió con la muerte de su padre, también se encuentra sana.

De mí ya sabéis todo lo importante. Y de la unión de las tres, éste ha sido el resultado.

ASÍ COMENZÓ TODO

Cada día eliges.
Tu ropa, tu comida, tu bebida. Aunque no lo creas, eliges.
Eliges si deseas sentirte bien o mal.
Lo eliges tú, en tu cabeza, en tu soledad.
Hace falta silencio para escuchar lo que te conviene,
no lo que aúllan otros, lo que se ha introducido en tu cerebro.
Eliges mucho más de lo que crees. Disfruta de ese poder.

E.F.

Nací en julio, un mal mes. Durante años envidié a las niñas de invierno, las que organizaban cumpleaños con veinte y veinticinco invitados, con regalos repetidos que luego había que cambiar, y chocolate caliente para el fin de la fiesta. No resulta común recordar los cumpleaños en verano, no es fácil reunir un grupo de amigas que no marchen de vacaciones, no es sencillo planear un menú con golosinas. Hay que olvidarse del chocolate y recurrir a la tarta helada, y lograr que las amiguitas no pasen esos días en el pueblo, que sus padres no decidan dedicar el fin de semana a la playa, que el calor no sea tan sofocante como para que los juegos sean sustituidos por las ganas de tirarse bajo la sombra.

En mi colegio se acostumbraba a llevar caramelos el día del cumpleaños. Los nacidos durante el verano los repartíamos el último día de clase, de modo que el resto de los niños regresaban a casa con las notas y el bolsillo lleno de dulces, encantados por la inesperada abundancia. Un mes más tarde, cuando mi cumpleaños llegaba, los caramelos se habían derretido y las fechas se habían olvidado.

Me acostumbré desde entonces a repartir más de lo que recuperaría, a dar más regalos, a entregar más caramelos de los que yo recibiría, a asistir a cumpleaños multitudinarios y a encontrar un par de amigas y unos cuantos primos en los míos; a que esa situación fuera normal, a que yo tuviera que dar más que lo que recibía por el simple hecho de haber nacido en julio.

A veces me sentía triste, a veces lloraba porque nada me parecía suficiente: deseaba más amigas, más regalos, más fiesta, más globos, más atención. Luego recordaba a los niños africanos con sus tripas hinchadas, a las niñas gitanas que cuidaban de sus hermanitos y que yo veía los jueves en el mercado y no me permitía quejarme más. Muy pronto aprendí a no lloriquear, a no desear nada para mí, porque me pesaba la conciencia de ser una privilegiada. Demasiada gente hubiera envidiado lo que yo poseía: mis propios padres cuando eran niños, los hijos invisibles de los pobres, los hambrientos de todo el mundo. Planeaba la siguiente fiesta, imaginaba los siguientes juegos, y esperaba que algún día llegara el cumpleaños inolvidable.

Años más tarde esa situación cambió, por supuesto. A los quince años los caramelos carecen de importancia, y las fiestas se dividen entre sobrias y alcohólicas. Pero julio, un mes cruel con sus hijos, no cesó en sus exigencias: era preciso aparecer en la playa, en las verbenas, en las discotecas, con faldas cortas, y tirantes finos, y bikinis mínimos, y caderas estrechas, y clavículas bien marcadas.

Los placeres que hasta entonces habían sido inocentes se tiñeron de culpa: ya no era posible gozar de las piscinas, y bañarse, y salpicar. El corte del traje de baño debía favorecer, para que los músculos se perfilaran suavemente bajo una piel sin grasa. Comer se encontraba bajo sospecha; y cuanto más deliciosa fuera la comida, más se debía recelar. El baile no tenía objetivo si se hacía sin pareja, y la apariencia de felicidad sustituyó al auténtico goce.

Desde que el verano amenazaba con los calores de mayo, el placer que de niña sentía por la luz, los días más largos, las ropas ligeras y de colores, se convertía en preocupación. Pero

a todo el mundo le gustaba el verano, todo el mundo adoraba los fines de semana y las fiestas, y yo sonreía, y mentía, y decía que también me gustaban, porque deseaba ser como todo el mundo. ¿Cuántos mentirían como yo?

Pero para eso aún faltaba que la niña nacida en julio saliera de la cuna, y aprendiera a ceder ante todas las normas sociales que le impondrían. Hasta entonces me aguardaban años de alegría y de correr por el puro placer de hacerlo, y de rechazar alimentos basándome en el gusto, y no en las calorías o en lo que debería o no comer.

Fui un bebé grande, gordito y sociable. A los pocos días de nacer, las enfermeras prohibieron a mi madre que me amamantara fuera del horario previsto para ello: a principios de los setenta aún se mantenía la idea de que a los niños les beneficiaba una disciplina en el sueño y la alimentación. Mientras se suponía que debía dormir, yo lloraba de hambre.

A veces, en los primeros momentos del sueño, antes de quedarme definitivamente dormida, recuerdo en la boca y en el esófago un sabor a lana, seco, invasivo, como si yo misma estuviera tejida en lana y fuera un muñeco diminuto. Luego me despierto con la boca seca, y una sensación de algo vivido hace mucho tiempo. Creo que, aún en el nido, chupaba las sábanas y la colcha para engañar el hambre.

Mi madre no quiso discutir con las enfermeras. Decidió por su cuenta que cuando regresáramos a casa yo comería lo que quisiera, y las reglas serían las suyas; pero la costumbre ya se había instaurado, y durante bastante tiempo rechacé el alimento. Vomitaba constantemente, y me negaba a comer. Los médicos diagnosticaron «estómago de calcetín»: mi estómago de uno o dos meses aún no había adoptado la forma definitiva, y no aceptaba la leche. Se asentaría, prometieron. No habría problema para cuando llegaran las comidas sólidas.

Sin embargo, ahí comenzaron realmente los conflictos. Me negaba a abrir la boca, y mi madre empleaba horas en alimentarme. Cada cucharada se acompañaba de amenazas, ruegos, cuentos, libros abiertos y muñecos de peluche agitados. Cuando la papilla había desaparecido del plato, cuando

la comida parecía al fin completada, yo, aparentemente sin esfuerzo, la vomitaba.

Quizás el hábito de vomitar, de liberarme de cualquier peso en el estómago, de rechazar esa amenaza que llegaba a lomos de una cuchara no me abandonó nunca, ni en los momentos en los que aceptaba el biberón, y parecía más feliz. Aún es posible, en casa de mis padres, abrir un libro viejo y encontrar rastros de papilla. Me recuerdo, aún muy pequeña, en brazos de mi madre, que intentaba distraerme con las luces de los edificios lejanos, con el silbido del tren, con los árboles que se fundían con la oscuridad y la distancia. Recuerdo una tristeza inmensa, una desolación que aún no era capaz de expresar, y el plato con la comida, un poco dispersa, formando montones informes, sobre la mesa: la obligación, la necesidad. Lo ineludible.

Mi madre perdió tranquilidad y salud en aquellos meses en que su vida giraba únicamente en torno a mi alimentación: la casa continuaba ensuciándose, la ropa se arrugaba, había que marchar a la compra y aprovechar los momentos libres para arreglar la ropa, o pasar el polvo, o pensar en los nuevos gastos del bebé. Y aparte de atender a todos los problemas, a su propia salud, que no era muy buena, y al resto de la familia, empleaba dos horas en cada una de mis tomas: preparaba la papilla, aparte de la comida normal, utilizaba todas sus argucias para que yo la tomara. Aguardaba a que yo no vomitara.

Si lo hacía, se iniciaba otra tarea: me cambiaba de ropa, y a veces debía cambiarse también ella, limpiaba la mesa y parte de la cocina. Y si la papilla se había terminado, preparaba más y comenzaba de nuevo el proceso. Cuando me reñía, yo lloriqueaba un poquito. No debía de ser una bonita visión, un bebé de año y medio con papilla sobre el trajecito, los zapatos, el pelo rizado y el trono, haciendo pucheros e intentando comprobar que pese a rechazar la rica zanahoria triturada en el pasapuré, o la papilla enriquecida con dos galletas, mamá me quería y me cambiaría el jersey sucio y jugaría conmigo después.

Imagino su cansancio, y su malhumor, y su miedo a que me muriera de hambre. Durante aquellos años le impedí un momento para sentarse y descansar, y monopolicé sus horas

libres. Sé que me adoraba, y que tuvo también momentos de alegría. Yo me negaba a dormir si ella no estaba conmigo, y prefería quedarme despierta y verla trabajar por la casa si no descansaba conmigo.

Pero sé también que debió resentirse de esa relación agotadora, como lo hice yo. Mis primeros recuerdos de mi madre están mezclados con el miedo a disgustarla, con la imposibilidad de levantarme de la mesa hasta que todo hubiera desaparecido, y con el gesto agotado, triste, en su rostro, una necesidad de mantener el orden a toda costa, de que la vida continuara de manera normal y lógica.

Decidieron llevarme al pediatra, sin ningún problema grave aparente: la niña no come, la normal preocupación de los padres. Los médicos se mostraban escépticos. Yo era un bebé rellenito y alegre, una nena despierta y sociable, que aprendió a hablar pronto y con corrección, y que no presentaba, de ninguna manera, señales de malnutrición. Era necesario entrar en detalles, y descubrir la tortura que suponía mantenerme en mi peso. Más preocupada por el estado de mi madre que por el mío, la última doctora que consultaron comprobó mis reflejos y mi analítica y les aconsejó que no me prestaran atención.

—No se enfade, no grite, no se inmute. No le enseñen juguetes ni le cambien de lugar al comer. Continúe dándole de comer si ha terminado ya de vomitar. Respire profundamente y limpie todo sin decir ni una palabra. Es una lucha de voluntades, y tiene que demostrarle quién gana.

Ganó mi madre. Al tercer día yo había renunciado a los vómitos, y aunque con una lentitud desesperante, comía lo que me presentaban. No se repitieron las riñas ni las escenas. Todo aquello había durado tres años.

Durante mucho tiempo pensé que intentaba llamar la atención con mi actitud, que aquella manera de negarme a comer expresaba mi necesidad de cariño, de afecto, en el momento en el que todos se volcaban a mi alrededor con libros de dibujos, y muñequitos, y paseos por la casa. Pensé que cuando me demostraron que esa actitud no despertaba nada más que indiferencia, la deseché. No debe de ser fácil para una niña tan

pequeña mostrar una obstinación así. Pese a mi odio por la comida, debía sentir hambre de vez en cuando, debía asustarme cuando veía a los mayores avergonzados o furiosos.

Los beneficios que lograba de esa actitud debieron ser lo suficientemente grandes como para que me compensaran. Me crié como hija única, y mi familia entera, mis vecinos, me mimaban y atendían. ¿Era mi necesidad de atención tan grande como para exigir aún más de la que recibía?

Creí que aquello demostraba un carácter egoísta y manipulador desde la cuna. Pasé años sin perdonarme la dictadura sobre mi familia y asqueada por haber dejado aquella impresión de bebé: niña difícil, niña egoísta, imposible contentarla, pequeña sanguijuela de tiempo y atenciones.

—Qué tontos fuimos —decía a veces mi madre— dejándonos embaucar. Cuando veo en la publicidad de papillas a los niños que se abalanzan sobre las cucharas no puedo creer que sea verdad. ¡No puedo creérmelo! Nada puede ser tan sencillo.

Una psiquiatra a la que conté la historia frunció la frente y me ofreció una visión distinta:

—¿Y si lo que exigías con esa actitud era que te dejaran en paz? Al fin y al cabo, comenzaste a comer cuando los adultos se comportaron normalmente. ¿Y si en realidad no reaccionabas contra la comida, sino contra las tensiones que la rodeaban? Nunca estuviste en peligro, y cuando deseabas comer, comías.

No acepté aquella explicación. Hubiera supuesto repartir la culpa entre los adultos y yo, y me había acostumbrado a aceptarla por entero, a considerarme una niña mala, una pequeña rebelde en manos de gente experta, de quienes sabían qué era lo mejor para mí, lo que necesitaba, cuándo y cómo.

Incluso cuando fui una adulta no admitía que yo sabía a los dos años si tenía hambre o no, si me gustaba o no la zanahoria, si los mayores estaban tensos o no. Preferí no cuestionarme si ellos tenían la razón.

Hasta que llegué a la adolescencia, no hubo nada que presagiara un trastorno alimenticio. Aunque mis preferencias por la comida estaban muy definidas (me gustaban los alimentos dulces y los salados, las carnes, los pescados, pero nunca en grandes

cantidades, rechazaba la verdura, el picante, todo lo amargo, parte de las frutas, las salsas y los alimentos nuevos), y comía con parsimonia, estaba sana y mostraba energía y buen humor.

No pensaba demasiado en la comida, ni en cómo conseguirla ni en cómo prepararla. A veces ayudaba en la cocina, adornaba pasteles y pasaba las croquetas por pan rallado; descubrí un par de recetas que probamos en casa, las migas a la zaragozana y las bolitas de patata, pero mi madre se encargaba de todo el proceso, desde la compra a la limpieza y utilización de sobras. No era amiga de chucherías, y me enorgullecía de mi templanza: mis primos comían pasteles sin medida, mientras yo saboreaba el mío. Devoraban los paquetes de patatas fritas, mientras que yo administraba las mías sin esfuerzo. Una vez me encapriché de un alimento, un bote de leche de almendras que mostraban en una farmacia, y mi madre accedió sin problemas, y lo consumimos sin ansias.

Jamás padecí un empacho, ni un corte de digestión, ni una alergia alimenticia. Jamás se me premió o castigó mediante la comida, no se me envió a la cama sin cenar, ni me obligaron a desayunar las sobras del día anterior. Era una niña de constitución normal y cara redonda, que no estaba flaca pero a la que de ninguna manera se podía llamar gorda. A mi alrededor no había razones para engordar: ningún familiar obeso, ninguna posibilidad de comer sola o de malas maneras, una dieta equilibrada, sabrosa y sana, y unos padres comedidos.

Sin embargo, en otros aspectos podían adivinarse rasgos de carácter propios de las pacientes bulímicas: extrovertida, sociable y charlatana, ocultaba una melancolía profunda y una hipersensibilidad que en muchas ocasiones me hacía llorar a escondidas. Me identificaba con los personajes peor parados de las películas, y las víctimas de los libros. Durante años me negué a leer *El patito feo*, porque las burlas que recibía me hacían llorar. Me recordaban demasiado a las que yo recibía.

Pero lo cierto es que no era rechazada o ridiculizada en el colegio, y si me sentía amenazada respondía inmediatamente, a menudo de manera exagerada. Era rápida para abofetear si me insultaban, y más rápida aún para arrepentirme de ello y

pedir perdón. Pero las críticas, por insignificantes que fueran, me resultaban insoportables. Se adherían a mí, y continuaban presentes durante meses. Un comentario sobre una goma del pelo me hacía cambiar inmediatamente de peinado, un sarcasmo de un profesor me hacía arder las mejillas cada vez que volvía a mi mente. Comprendía al patito feo y lo odiaba, lo compadecía, y deseaba olvidarme de él. Al final llegaba la promesa de la belleza y el reconocimiento, pero yo no creía que eso calmara el dolor inmediato de las burlas.

Fueron quizás los cambios de residencia que sufrí en los primeros años de vida los que me dejaron el regusto amargo de no formar jamás parte de ningún grupo, de darme cuenta de lo que había perdido cuando ya no era posible recuperarlo. Temía encariñarme con la gente pensando que esta vez sería la definitiva y sufrir luego la separación. Las mudanzas me conducían a barrios cada vez más exclusivos, con casas más amplias y parques cercanos, pero me introducían también en universos cada vez más distantes, a tratos personales fríos y a amigos temporales.

Sentía accesos místicos, leía vidas de mártires y sentía que no me hubiera importado inmolarme por una religión. Imaginaba qué se sentiría siendo sorda, o paralítica, o, sobre todo, ciega. Soñaba con amores imposibles, y con el sufrimiento de amar y no ser correspondida. Me fijaba en los héroes de las películas que morían, y cuando jugaba a ser Dalila, o Cleopatra, o Julieta, tenía muy presente que yo misma fallecía al final de la historia.

Mi madre había recuperado cierta calma al dedicarme menos tiempo, pero seguía sin encontrar un momento libre, y mi padre se ausentaba de casa largas temporadas, debido a su trabajo. Me sentía sola, pero nunca se me hubiera ocurrido jugar con los mayores: de ellos aprendía, o con ellos conversaba, pero no les buscaba como compañeros. Nunca me quejé de mi soledad, porque sabía cómo encontrar amigos si me lo proponía, pero prefería jugar sola. Los niños de mi edad no jugaban como yo deseaba, o no eran capaces de seguir una trama mental, no se metían en un personaje, no habían aprendido a fingir o no conocían la película de la que les hablaba.

Sabía que no tenía auténticos compañeros, añoraba una amiga del alma, pero no quería mostrarme ansiosa: prefería disfrazarme en casa y jugar a ser Julieta, y saber que me atravesaría con una espada cuando perdiera a mi amado.

La muerte me ofrecía una fascinación continua: no había muerto nadie a mi alrededor, y yo creía que debía ser algo glorioso, y que mi muerte se recordaría para siempre por todos. No la asociaba al dolor, ni a la pérdida, ni a la nada. Tampoco a la resurrección. Sabía que algún día me tocaría a mí morir, y esperaba que fuera de una manera digna, y por una razón inteligible: no entendía las muertes en un accidente de tráfico, a menos que se huyera de un enemigo, o tras una enfermedad, a no ser que sirviera para arrepentirse de los hechos pasados. Vivía la muerte a través de las películas. No me asustaba la muerte en sí, sino una muerte absurda.

Me encontraba entre las mejores alumnas de la clase sin dedicarle demasiada atención ni esfuerzo. Poseía buena memoria y excelente capacidad para relacionar, y pronto me acostumbré a brillar sin haber estudiado. Nunca me fue necesario, y los suspensos me resultaban ajenos y muy poco probables. Suspendían las personas tontas, o lentas, y yo no era ninguna de esas dos cosas. Que el resultado final fuera fruto de un esfuerzo ni siquiera pasaba por mi mente.

Aunque yo pensaba lo contrario, no poseía fuerza de voluntad, ni espíritu de sacrificio: pero en mi entorno pasaba por constante, porque era tozuda y obediente, y deseaba complacer, y por sufrida, porque no era mezquina con los demás, ni me escuchaban quejarme durante las enfermedades. Alababan mi ansia perfeccionista, y mi responsabilidad, sin saber que no tenían raíces profundas, sino que nacían de una desesperada necesidad de aprobación.

Vivía una vida fácil, sólo enturbiada por mi obsesión por las críticas y por no encontrar amigas con las que me llevara bien. La rutina se sucedía, me gustaba el colegio, y me preparaba en secreto para lo que yo creía que sería la vida real, la que esperaba en el instituto, una vida con faldas cortas y novios, y citas, y maquillaje y atenciones.